
CRITICA DE LIBROS

CENTRE ROYAUMONT POUR UNE SCIENCE DE L'HOMME

Théories du langage, Théories de l'apprentissage: le débat entre Jean Piaget et Noam Chomsky (organisé et recueilli par Massimo Piattelli-Palmarini)

(Paris, Éditions du Seuil, 1979, reimpr. 1980, 541 pp. + gráficos)

Por de pronto, es necesario hacer mención de la coyuntura intelectual dentro de la cual aparece este libro. Este contexto no es específicamente francés (incluye otros países de los que llamamos a veces «científicamente avanzados»), pero creo que sólo en Francia se ha producido tal apasionamiento y una tal vulgarización del debate herencia/aprendizaje o, en otros términos, innato/adquirido.

Este debate forma parte, a su vez, de un proceso de creciente intrusión de la biología y de la genética en algunas ciencias sociales. En el bien entendido de que no se trata tanto de que los biólogos o los especialistas en genética formulen hipótesis en problemas que no son específicamente los suyos, sino de la tendencia inversa: se trata del recurso creciente a argumentos biológicos o genéticos por parte de profesionales de determinadas ciencias sociales.

En el caso de Francia este proceso ha sido estimulado (por lo menos indirectamente) por el propio Presidente de la República, en un acto en la Sorbonne; y en pocos años se ha llegado a una situación de publicidad

y de trivialización. Como dice un autor, «no se habla de otra cosa» (i. e., de lo que en el ser humano es heredado y lo que es adquirido, de la parte atribuible a los genes y la parte (*sic*) atribuible al medio ambiente, etcétera). En el momento en que escribo (finales de septiembre de 1980) dos programas de TV han sido dedicados al tema, con intervalo de una semana y con acceso telefónico del público a especialistas reunidos en torno a una mesa. Pero es más: hay una difusión social de la idea de que cada ser humano está absolutamente determinado en sus capacidades por factores genéticos. Hace unos meses, el autor del *Eloge de la différence: la génétique et les hommes* (Albert Jacquard) relataba en una entrevista en la radio una experiencia en una escuela de suburbio obrero de París: el caso de los alumnos que no se esfuerzan en superar sus dificultades: «Yo sé que no valgo nada», o bien: «Yo soy consciente de que no soy inteligente» (actitudes derivadas de la vigencia social de una cierta concepción de la herencia y de la inteligencia).

Estamos, pues, ante problemas que trascienden el ámbito de los debates entre «innéistes» (nativistas o innatistas) y los «environnementalistes» (ambientalistas), dado que se vulgariza esta cuestión con dimensiones sociales, pedagógicas y políticas que los sociólogos no podemos ignorar.

Parece, además, que los sociólogos no tengan nada que decir en el asunto (quizá no saben qué decir). En el libro que voy a comentar, entre 25 científicos participantes no había ni un solo sociólogo, y el investigador más próximo a esta disciplina (Maurice Godelier) apenas dijo más que unas trivialidades que no alcanzan a llenar una página.

La indefensión de los sociólogos ante la irrupción de la biología y la genética en cuestiones que en último término afectan al destino de nuestras propias sociedades y al lugar del ser humano en ellas, es un hecho tanto más paradójico cuanto que hace dos o tres decenios éramos nosotros quienes estábamos aplicando al análisis sociológico los métodos formales de investigadores que eran a la vez genetistas y matemáticos (toda la obra de Sir Ronald A. Fischer y su escuela, de la que deriva el análisis multivariable). Y esta relación era en beneficio de la sociología: implicaba el perfeccionamiento de una tradición de análisis que arranca del estudio del suicidio por Durkheim.

Ahora la relación se ha invertido, en detrimento de la Sociología. El dominio de ésta se reduce y su discurso no se renueva. Sabemos ya hasta el hartazgo cómo dominan las clases dominantes y, en cuanto a la teoría de la «modernización», desde que se ha convertido en doctrina oficial en la China postmaoísta, más vale no hacer el ridículo de hablar de ella como una teoría científica. La historia tiene

estas rudas ironías: desnudar en una sociedad la armadura de alambre del maniquí que estaba vestido lujosamente en otra.

Hay otra razón adicional para que me ocupe de este libro con alguna extensión: la muerte de Jean Piaget (Ginebra, 16 septiembre 1980). Su desaparición conlleva una angustia particular: la de que con él se haya extinguido no sólo un hombre admirable, consagrado al descubrimiento de lo que hay de más noble en la especie humana (el funcionamiento de los procesos cognitivos), sino que haya sido también el último de su clase. Una clase de hombre de ciencia, no manipulativo, que hunde sus raíces en la Ilustración. Y un epistemólogo que ha dicho cosas que siguen siendo válidas también en Sociología (cf. el vol. III de su *Introduction à l'épistémologie génétique*, París, Presses Universitaires, 1950)¹. Y, por supuesto, uno de los científicos más importantes del siglo xx (juicio de valor históricamente circunstanciado e independiente de la vulnerabilidad de su obra teórica ante el veloz replanteamiento de tantas cuestiones en la comunidad científica).

1. *El proceso y el producto*

El texto que voy a comentar consta de dos grandes partes y de dos apéndices. La parte segunda lleva un subtítulo: «Sur la logique des explications innéistes», no está subdividida

¹ Estudios parcialmente reeditados en 1965 por Droz, Ginebra, con un prefacio de PIAGET que es del mayor interés para sus relaciones intelectuales con la fenomenología por una parte, y con el marxismo por otra. (J. PIAGET, *Études sociologiques*, Librairie Droz, Ginebra, 202 pp.)

en capítulos y la mayoría de sus textos conciernen problemas de lógica, de epistemología y de psicolingüística. La parte primera no lleva subtítulo alguno, está precedida por dos introducciones y se subdivide en 13 capítulos. Su contenido son los protocolos de un seminario celebrado en la abadía de Royaumont en octubre de 1975, con adiciones posteriores de los autores (o correcciones en algunos casos), ampliaciones bibliográficas (que cubren hasta 1979 inclusive) y comentarios del «editor», Massimo Piattelli-Palmarini.

Entre los 25 participantes en el seminario estaban, además de Jean Piaget y Noam Chomsky, investigadores como Bateson, Monod, Changeux, Inhelder, Godelier, Dütting, Danchin; lógicos y epistemólogos como Toulmin, Fodor, Mehler, Putnam; etnólogos como Bischof; biólogos como (además de Monod) François Jacob; especialistas en inteligencia artificial como Papert; matemáticos como Thom y Petitot, etc. En aquellos momentos Jacques Monod era todavía presidente del *Centre Royaumont pour une Science de l'Homme*.

Dos constataciones primeras: el texto es más pluridisciplinario que interdisciplinario; tiene además un carácter muy técnico que lo sitúa en un nivel sin relación alguna con los debates públicos sobre la dicotomía herencia / adquisición (o herencia / aprendizaje), tal como tales debates se producen en los medios de divulgación social. Por consiguiente, el texto es de poca ayuda para quienes deseen hallar respuesta al problema ahorrándose el trabajo del planteamiento riguroso de las preguntas. El texto enseña muchas cosas, pero sobre todo una: cómo hay que formu-

larse las preguntas en una investigación científica.

Tercera constatación en relación con las dos anteriores: son las comunicaciones escritas *después* del seminario, las respuestas y contra-respuestas (incluidas en la parte segunda del libro) donde: *a*) se evidencia un mayor esfuerzo interdisciplinario; *b*) se incrementa el rigor técnico, tanto en la exposición teórica como en la crítica de hipótesis de la parte contraria, y *c*) se percibe por qué antes ha habido una especie de diálogo de sordos y por dónde podrían abrirse nuevos territorios, llevando a ellos lo que hay de válido en cada teoría y abandonando atrás lo que hay de deliberada clausura sobre sus propias premisas o sobre una axiomática meramente formal.

Cumplida esta obligación descriptiva y sumariamente evaluativa, pasemos a las cuestiones de fondo.

¿Hay un eje conceptual clarificador que sea suficientemente pertinente, o el más pertinente, para distribuir las posiciones de los participantes en el seminario?

¿Es el par conceptual herencia / aprendizaje ese eje distributivo?

La dificultad de contestar por *sí* o por *no* a cada pregunta revela ya de entrada la complejidad de los problemas y de las estrategias de investigación que se entrecruzan.

En grueso podría decirse que aparecen en el seminario tres grupos relativamente bien definidos: los innatistas (*innéistes*) (Noam Chomsky, Jerry Fodor, Dan Sperber, Scott Atran, etc.); los constructivistas (Piaget, Bärbel Inhelder, Guy Gellerier y, en cierto sentido, Seymour Papert), y un tercer grupo mucho menos homogéneo: el de los críticos — en alguna dimensión — de los dos anteriores, y en donde aparecen episte-

mólogos, como Stephen Toulmin, y prácticamente casi todos los biólogos, neurobiólogos y los matemáticos. En este tercer grupo se ofrecen algunas contribuciones que tienden a una síntesis y otras que son estrictamente críticas.

En este mundo popperiano de conjeturas y refutaciones hay, sin embargo, tantos o más factores de identidad que de diferenciación. Podría decirse que todos los participantes en el seminario son en alguna medida innatistas, que la gran mayoría son kantianos, que todos son anti-behavioristas y anti-empiristas, y que nadie cree ya que la estructuración de la identidad de cada ser humano sea reducible (por la mediación del aprendizaje (*learning*) a una transferencia o interiorización de un orden procedente del entorno no elegido. En este último aspecto, el presente libro es como el acta de defunción de trescientos años de un programa científico que empieza con Locke y llega en nuestros días hasta Skinner.

Silencio casi absoluto, pues, sobre los sistemas de relaciones sociales, los cuales reciben como máximo el estatus de dato exterior a los problemas que se discuten. Es decir, esos sistemas existen, pero son no pertinentes en las estrategias de investigación. Silencio sobre la posibilidad de que la historia incorpore lo social al hombre; esta frase sería un «sin sentido», un residuo de concepciones ambiguas de la «naturaleza humana» o del «entendimiento humano», quizá un eco tardío del imperialismo sociológico del siglo XIX (o de un siglo XIX prolongado)².

² CHOMSKY dice que cierra su campo porque está interesado en la naturaleza del hombre (véanse pp. 199, 208 y 209), y es obvio que naturaleza humana es para él igual a especificidad humana y

La separación del proceso y el producto es doble, y se puede predicar de casi todos los investigadores que aquí se expresan.

Chomsky y sus colegas son unos *field specialists* que cierran su campo de investigación a ciertos universales gramaticales (y más precisamente sintácticos) y declaran no recibidas, o no pertinentes, los argumentos que proceden de otros campos de investigación. Su interés está focalizado en un objeto muy preciso, que es un producto final: las estructuras sintácticas del lenguaje humano. A través de qué procesos ha podido ser producido ese producto, es una cuestión que no les interesa, o cuyas respuestas reenvían a otros especialistas (por ejemplo, los neurobiólogos, los cuales por ahora no pueden darlas). En contrapartida, Chomsky y sus colegas son combativos defensores del proceso lógico de su investigación (es decir, de sus estrategias de investigación), a fin de aislar a éste, en toda su pureza formal, de interferencias exteriores. El proceso les importa cuando es: *a*) el de las operaciones lógicas mediante las cuales es construido su objeto científico, y *b*) el de las transformaciones intra-sistémicas de este objeto, en función de sus propias reglas (esto es, intrínsecas a él). Por tanto, se niegan a tomar en consideración la posibilidad de estrategias de investi-

que esta especificidad es el lenguaje. Ahora bien, sobre las ambigüedades de la noción de naturaleza humana es útil ver Hubert HANNOUN, *L'éducation naturelle* (París, Presses Universitaires, 1979, cuadro 1, p. 26, donde se tabulan 72 significados diferentes de la idea de naturaleza, de ellos 24 significados aplicables al mundo humano). Algunas expresiones de CHOMSKY sobre la especificidad humana (lenguaje) parecen ser aún más radicales que las del dualismo cartesiano y la separación alma razonable/máquina corporal.

gación (o la necesidad de ellas) que tomen en cuenta que ese objeto científicamente construido tiene referentes empíricos que lo ponen en relación con otros objetos (los cuales, aunque *objets de pensée* también formalmente construidos, tienen a su vez referentes empíricos). De aquí su negativa a aceptar expresiones piagetianas, como la de «función semiótica», o expresiones de H. Putnam, como «inteligencia general», o «estrategias de aprendizaje polivalentes». Rechazan cualquier tentativa de convertir su objeto sistémico (estructuras lingüísticas, estructuras sintácticas, etcétera) en sub-estructura de cualquier otro sistema más general e incluyente. Jerry Fodor es tan catedrático en esta negativa (ver p. 258) como puede serlo Noam Chomsky en la aserción positiva del descubrimiento de lo que es *esencial* en un organismo dado (ver pp. 853-86).

Estamos, pues, ante problemas de definiciones y de estrategias. Chomsky y sus colegas proceden por selección para ceñirse a la *differentia specifica* humana (el lenguaje y, más precisamente, los universales lingüísticos). Esta elección es presentada y defendida como científicamente imbatible, como una empresa de purificación científica. Y este núcleo duro se reviste de un vasto ropaje de argumentos y precedentes (no siempre explícitos); podríamos evocar el de Sócrates-Platón (la razón frente a los sentidos, la mayéutica como revelación de capacidades innatas), el de Descartes (la *res cogitans* frente a la *res extensa*), el de Leibniz (la defensa de las ideas innatas frente al sensualismo de Locke), el de Kant (los conceptos *a priori*), etc. Este racionalismo militante condena, pues, como Popper, el empirismo, el psicologismo, el subjetivismo, el historicismo,

el sociologismo, terreno en el cual encuentran convergencias ocasionales con científicos que no comparten la estrategia de abstracción del producto final.

Esta estrategia no es la de aquellos científicos que se interesan más en el proceso que en el producto, o que no pueden explicar las características de éste (y sus diferencias) si no es mediando la investigación de su construcción. Piaget y sus colegas del laboratorio ginebrino de epistemología genética no han abstraído un producto final (el lenguaje humano, un *órgano* —Chomsky *dixit*— que diferencia a la especie humana de otras especies animales) para investigar las estructuras de tal órgano, sino que se han propuesto explicar la construcción sistemática, en niveles crecientes de complejidad, de las estructuras cognitivas humanas. Para ellos el lenguaje es una forma particular de la función simbólica: el pensamiento precede al lenguaje, pero el lenguaje transforma profundamente el pensamiento³. Remontándose desde una inteligencia sensorio-motriz inicial, hasta las operaciones lógicas del razonamiento hipotético-deductivo, Piaget y sus colaboradores encuentran que ciertas transformaciones lógicas preexisten a su expresión verbal; el lenguaje es una condición *necesaria*, pero *no suficiente*, de la construcción de las operaciones lógicas. Cuanto más complejas son las estructuras del pensamiento, más necesario es el lenguaje para finalizar su construcción. «Entre lenguaje y pensamiento existe un círculo genético tal que cada término se apoya necesariamente sobre

³ Cf. Jean PIAGET, "Le langage et la pensée du point de vue génétique", texto de 1954, reimpresso en *Six études de Psychologie* (éditions Gonthier, Ginebra, 1964), cap. 3, pp. 101-103.

el otro en constante acción recíproca. Ambos dependen, empero, de la inteligencia [propiedad de la acción], la cual es anterior al lenguaje e independiente de él»⁴.

La *differentia specifica* de la especie humana respecto a otras especies animales no reside, entonces, en la posesión de un órgano (el lenguaje), sino en la capacidad de desarrollar un proceso de creciente complejidad cognitiva (incluida la construcción de su propia información).

2. Los problemas de base

He tenido interés en citar el texto anterior de Piaget (anterior al seminario de Royaumont) porque muestra claramente que, para el epistemólogo ginebrino, el lenguaje no es *in toto* producto de la inteligencia sensoriomotriz. Sin embargo, en el curso del seminario, Chomsky atribuye a Piaget esta hipótesis (cf. resumen p. 199 y texto p. 208). El «editor» del libro había considerado posible establecer una cierta complementariedad entre constructivistas e innatistas: «los constructivistas se aplican a estudiar las propiedades lingüísticas que tienen fundamentos comunes con otros dominios cognitivos; los innatistas tratan de abstraer (*cherchent à cerner*) las estructuras lingüísticas propias de la especie humana (...) y que carecen de toda contrapartida en otro dominio» (p. 199).

Pero esta eventual complementariedad es rechazada por Chomsky y sus colegas. En las páginas 253 a 257 Chomsky reinterpreta las hipótesis piagetianas estableciendo un abanico desde las más fuertes a las más débiles, para concluir rechazándolas todas.

«Es concebible que ciertos tipos de interacción con el mundo exterior cumplan una función de desencadenamiento (*déclenchement*) para la adquisición del lenguaje; ésta sería una teoría aún más débil (...) (pero) no veo razón para otorgarle crédito por el momento» (p. 256).

Fiel a un innatismo cartesiano y leibniziano (véase el recurso al clásico ejemplo del triángulo, p. 172), Chomsky y sus colegas afirman que el recién nacido tiene un sistema completo de reglas disponibles; que el lenguaje es un órgano y existe un programa genético específico para ese órgano (p. 187); por tanto, son superfluas las teorías del aprendizaje y las que incorporan datos de la experiencia a «mecanismos generales de desarrollo» (p. 170). Hay crecimiento (*growth*) no aprendizaje, y, como en el caso de los órganos físicos, es innecesaria una teoría del crecimiento de órganos; simplemente, los órganos crecen (pp. 121-122) determinados por propiedades específicas genéticas (p. 86).

En último término, llevada a su radicalismo máximo, esta hipótesis justifica el tono irónico de un comentarista del presente texto: «L'innéisme est une sorte de Linnéisme» (alusión a Linneo). Como está justificada la observación de un especialista en «inteligencia artificial», S. Papert: «Es desolador ver hasta qué punto el lenguaje utilizado en discusiones científicas serias no difiere sensiblemente del de Aristóteles» (p. 149).

Sin embargo, Chomsky no siempre se bate dialécticamente con la hipótesis fuerte. «No es posible probar por demostración que una propiedad es innata: hacemos ciencia, no matemáticas; aunque se analizase los genes, no podría ser probado» (p. 130).

De aquí la importancia que tienen

⁴ *Op. cit.* (1964), p. 113.

las aportaciones de los neurobiólogos (pp. 276 a 294), donde al fin hallamos un lenguaje claro y preciso, en el cual sabemos en cada momento cuál es el referente empírico de cada concepto.

Pues es evidente a lo largo del texto que no sólo Piaget emplea metáforas que le hacen vulnerable y le aproximan al estilo de razonamiento de los años veinte y treinta del siglo (cf. pp. 247, 248, 249, 277), sino que los propios Chomsky y Fodor, a pesar de su rigor logicista, se mueven a menudo empleando metáforas o jugando con varias significaciones posibles de la noción de innato (cf. páginas 265-266).

En los textos posteriores al seminario, Chomsky se expresa de un modo diferente (o bien ha variado su estrategia). «Todos los abordajes racionales del aprendizaje, incluido el «asociacionismo», atribuyen una estructura innata al organismo. La cuestión no es la de saber si una estructura innata es condición previa del aprendizaje, sino más bien la de saber qué es» (p. 444).

No solamente las aportaciones de los neurobiólogos y de los biólogos neodarwinistas sitúan el texto en un nivel que inicialmente apenas pasaba el ya conocido de la refutación de Locke por Leibniz; en las últimas 150 páginas, la aportación de Chomsky y de Fodor, rebatiendo a H. Putnam, se destaca de todas las demás comunicaciones, y Chomsky dice algunas cosas altamente pertinentes

(por ej., las diferencias fundamentales entre adquisición de lenguaje y aprendizaje, o descubrimiento, de la física) (p. 456).

Las relaciones entre universalidad y necesidad, por qué una «inteligencia general» sería una especie de anomalía biológica, la función de selección, el conocimiento selectivo como empobrecimiento relativo del mundo de los posibles y al mismo tiempo como estructuración activa (proyectiva) del sujeto cognoscente, la recuperación de la dimensión positiva (*cogitans*, participio activo, como recordaba hace cuarenta años Léon Brunschvicg comentando a Descartes) del idealismo cartesiano y kantiano, la superación de puntos de vista del positivismo lógico y de Wittgenstein, yendo bastante más allá de la crítica de Gellner en 1960, la pertinencia de muchos de estos problemas para la lógica de la investigación científica o, si se permite la expresión, para la filosofía de la ciencia, nutren toda esta segunda mitad del libro, con una discusión a veces apasionante y que desborda en mucho el planteamiento original, demasiado simplista, que oponía a innatistas, de un lado, y empiristas y constructistas, de otro. Es más todas estas etiquetas son a redefinir (o quizá a cancelar) ante la especificidad de problemas que no se subsumen en escuelas homogéneas, pues cada uno de ellos exige un tratamiento técnico con (como dice Chomsky) la mente abierta (*openmindness*).

E. PINILLA DE LAS HERAS

JEAN-JACQUES SERVAN-SCHREIBER

Le défi mondial

(Fayard, París, 1980)

(Edic. española: *El desafío mundial*, Plaza & Janés, Barcelona, 1980)

Recuerdo que hace años Paul A. Samuelson calificó a John K. Galbraith de «el economista de los no economistas». No quisiera ser brutal ni injusto, pero me atrevería a decir que el señor J. J. Servan-Schreiber se está convirtiendo en el sociólogo de los no sociólogos. Lo que este libro nos ofrece es la panacea universal para resolver la crisis en los países capitalistas avanzados, las desigualdades entre ellos y el Tercer Mundo y, consecuentemente, los problemas sociales y económicos. ¿La clave? La clave son los microprocesadores, la des-industrialización (o alguna forma de des-industrialización), la robotización y el cultivo de la inteligencia y de las más nobles actividades intelectuales.

Estamos en presencia de un producto publicitario, publicado simultáneamente en 17 países (o en 15 países y 17 lenguas, para precisar mejor las cosas) y en este aspecto, ante un objeto característico de ciertos sistemas de producción no sólo comercial, sino también ideológicos y políticos. Es en cuanto tal objeto que el soció-

logo no puede (o no debe) ignorar la existencia de públicos a los que va dirigido este producto y el impacto ideológico que tiene en ellos.

Como texto organizado, *El desafío mundial* es más heterogéneo y más débil que su antecesor de hace algo menos de veinte años sobre *El desafío americano*. Hay ahora mucho material de relleno en forma de retrospectión histórica; secciones de capítulo (como el consagrado a las relaciones entre Japón y Estados Unidos) con un interés periodístico para las generaciones más jóvenes nacidas después de la Segunda Guerra Mundial, pero con una relación más bien tenue con el tema (o los temas) centrales del libro. Los viajes hacia el pasado (otro ejemplo: Bandung) están intercalados con una técnica rudimentaria que parece querer reproducir ciertas técnicas narrativas, pero que no constituye método idóneo en una obra de estas ambiciones en lo que concierne a la sociedad post-industrial y sus formas de organización. Y en estos viajes al pasado hay en alguna ocasión errores históricos: en

el capítulo 10 de la Parte primera se nos dice que en marzo de 1941 Molotov se entrevistó con Hitler y pidió para la Unión Soviética manos libres en Irán e Iraq, una parte de Arabia Saudí y una zona de influencia en el golfo Pérsico, información que es incorrecta (las conversaciones que el señor J. J. Servan-Schreiber cita, tomando una fuente más que dudosa, tuvieron lugar cinco meses antes, en Berlín, del 12 al 14 de noviembre de 1940, y la expansión de la URSS hacia la zona del golfo Arábigo fue la oferta de Hitler y no la petición de Molotov) *

* Singularizo este dato, entre otros menos importantes, porque es una muestra de cómo se re-escribe la historia a la luz de acontecimientos que son posteriores en cuarenta años a los que se tratan de interpretar. Las conversaciones germano-soviéticas de noviembre de 1940, en Berlín, se realizaron a petición alemana, entre Hitler y Von Ribbentrop de una parte y Molotov (entonces primer ministro y "comisario de asuntos exteriores") y Dekazonov (secretario general del Ministerio soviético del Exterior) de otra parte (además de otros personajes menores tanto del lado alemán como del soviético). Hitler trató de hacer participar a la U.R.S.S. en el desmembramiento del Imperio británico en Asia, y Molotov respondió con demandas muy precisas que concernían a las relaciones de la Unión Soviética con Bulgaria, con Yugoslavia, y a la navegación por los estrechos del mar Negro controlados por Turquía (Convención de Montreux de 1936). Singularizo además el error histórico, porque el primer libro fundamental sobre el asunto se publicó en Madrid en 1944 y en castellano (siendo anterior a la edición francesa); su autor era G. GAFENCU, ex ministro de Asuntos Exteriores rumano y embajador de Rumania en Moscú hasta 1941. GAFENCU manejó una gran cantidad de información de primera mano, recibida de sus colegas del cuerpo diplomático y que ha sido confirmada por la documentación publicada en la post-guerra, y supo organizar esa información con un análisis histórico muy riguroso

Aparte de estas cuestiones, de estructura del texto unas, y de detalles históricos otras, la obra tiene un valor si la situamos dentro del gran proceso de mutación del sistema capitalista a escala mundial, que se inició con la llamada primera crisis del petróleo (octubre-noviembre de 1973). Ese proceso es multidimensional y cubre un conjunto de variables del cual nadie ha elaborado hasta ahora una sistematización adecuada. *El desafío mundial* cumple una función centrándose o focalizándose sobre las variables puramente tecnológicas.

No es difícil percibir el camino recorrido en pocos años y la sensibilidad de los jóvenes ejecutivos y técnicos ante los problemas de la mutación del sistema capitalista, si recordamos la reverencia y el *status* que se otorgaba hace diez años, en instituciones científicas francesas, a los estudiantes que pensaban especializarse en la tecnología del petróleo y sus derivadas, y comparamos esa situación con la actual, cuando casi cada semana se hacen llamamientos a estudiantes universitarios para que se dediquen en el máximo grado posible a la electrónica, la informática, la telemática y disciplinas afines. Es la orientación técnica y el empleo más remunerado en la edad adulta, lo que está en juego para muchos incipientes profesionales, que sin duda forman buena parte del público de este tipo de obra.

Son tres desafíos mundiales conexos entre sí, los que trata J. J. Servan-Schreiber: el que plantea al sistema monetario mundial el excedente de capital-dinero que acumulan los países del Golfo exportadores de pe-

y lógico; cf. *Prolegómenos de la guerra en el Este*, Morata editor, 2 vols. Madrid, 1944.

tróleo; el de la des-industrialización (*sic*) de los países tecnológicamente más avanzados y su reconversión en la era de la electrónica, y el de la satisfacción de las necesidades económicas y sociales del Tercer Mundo, cuyos únicos excedentes son demográficos.

Revela un optimismo básico y apriorístico la opción de tratar todo el conjunto desde el lado de las posibilidades tecnológicas, haciendo casi completa abstracción de las variables de otra naturaleza. La revolución de la informática podía haber cuajado ya desde hace veinte años en Estados Unidos, cuando se contaba con la segunda generación de computadoras y aparecían continuamente «futuribles» sobre lo que entonces se llamaba la automación. No pocos textos de entonces (de fines del decenio de 1950 a 1960 y primeros años del de 1960) contienen anticipaciones y reflexiones que siguen vigentes. En la recesión coyuntural (breve pero intensa) del otoño de 1958 y primeros meses de 1959 en Estados Unidos, cuando había escasez de mano de obra, cuando las organizaciones sindicales eran más poderosas que hoy y disponían de mayor poder de negociación, hubo un momento en que, a pesar de que la industria del automóvil trabajaba al 50 por 100 de su capacidad y por debajo de la media de diez años antes, los salarios no bajaron, se incrementó el empleo calificado en algunas ramas industriales, hubo importantes transferencias de capital inter-ramas, y hubo sindicatos que llegaron ya a proponer la semana de treinta y cinco horas (e incluso de treinta horas). Por qué no se hizo entonces la revolución electrónica que era ya posible en América, no se debe tanto a razones tecnológicas propiamente dichas (pues los transistores ya existían), sino a

variables políticas y demográficas. Cuando en enero de 1961 llegaron al poder el partido Demócrata y el presidente Kennedy, llegaban también al mercado de trabajo las primeras generaciones del «baby-boom» de post-guerra, y había que poner en ejecución políticas keynesianas de pleno empleo (que caracterizaron la presidencia de Kennedy y la de Johnson).

J. J. Servan-Schreiber propone a los países del Tercer Mundo que se ahorren la industrialización de tipo europeo y entren directamente en la era de la informática. Pero en ninguna parte de su obra esboza siquiera cuál será la economía política de la nueva sociedad post-industrializada con vigenial universal. Una gran parte de los países del Tercer Mundo tienen excedentes demográficos y sus problemas no son los de introducir la informática en los pocos enclaves (mineros, bancarios, administraciones de grandes plantaciones, etc.) que ya la poseen para sus contactos con los centros mundiales de las grandes corporaciones, sino conseguir una explotación racional de sus recursos, en primer lugar los agrarios, frenar la urbanización sin industrialización y valorizar sus exportaciones en un mercado mundial dominado por los países compradores. Los enclaves ultramodernos, con alta tecnología y escasa creación de empleo para la población nativa, han sido una característica de la industrialización que se llamó ya hace más de veinte años «intersticial», típica de muchas sociedades del Tercer Mundo. Cómo la era de la informática podría generar un nuevo sector terciario no confinado a enclaves, es hoy por hoy una incógnita que el libro de J. J. S.-S. no contribuye a resolver.

Ciertamente que el capital-dinero de los árabes exportadores de petró-

leo, la tecnología europea y las instituciones bancarias y financieras europeas y norteamericanas y las enormes disponibilidades demográficas de muchos países del Tercer mundo, constituyen factores que si lograsen ser combinados cambiarían en pocos decenios la faz del planeta. Hace más de un quinquenio que se habla de este triángulo, y entre tanto los potentados árabes siguen invirtiendo en bienes inmobiliarios en París y en Londres o en los bonos del Tesoro de los Estados Unidos, o jugando en los casinos de la Riviera o en el de Divonneles-Bains (no lejos del lago Lemán), mientras casi un millón de niños mueren *cada mes*, directa o indirectamente de hambre, en el Tercer Mundo. Dado que la lógica del sistema es la que imponen los centros dominantes, se da prioridad a la importación de armamentos o se crean mini-industrias nativas productoras de nuevas armas (y el propio J. J. S.-S. aporta en su texto datos y ejemplos sobre estas racionalidades parciales que constituyen una monstruosidad global).

Más cerca de nosotros están los problemas que plantea la robotización del trabajo industrial. Por un lado, la informática creará (al menos inicialmente) desempleo en algunas áreas del terciario, como los bancos, las compañías financieras y de seguros. Por otro lado, la robotización de secuencias enteras de trabajo en las fábricas, supondrá la necesidad de recalificar una fuerza de trabajo que en la actualidad sólo se halla disponible, con los niveles de educación adecuados, en los países que llamamos centrales. Una parte de los nuevos empleos serán sin duda internacionales, y sus ocupantes irán constituyéndose poco a poco en una nueva clase, en algunos aspectos desarraigada de sus

comunidades de origen, para asumir una especie de conciencia corporativa supranacional. Es obvio que esta mutación favorece a quienes disponen ya hoy de los conocimientos, la información y los criterios de selectividad pertinentes para manejar las masas de información que circularán el día en que se desarrolle esa milagrosa sociedad post-industrial. Una proletarización en trabajos terciarios poco calificados y una supercalificación de una minoría cosmopolita y privilegiada, parecen procesos mucho más predecibles que la armonía mundial en la informática que predice el señor J. J. Servan-Schreiber.

Con esto no quiero insinuar oposición alguna al progreso técnico y a la apertura de horizontes que son, probablemente, hacederos con la revolución de la informática. Quiero señalar solamente que hay una cantidad de variables, desde las demográficas a las políticas, que el autor del libro no ha tratado y que, por ahora, incluso en el caso de que las innovaciones tecnológicas saquen al sistema capitalista de la crisis (lo cual es altamente probable) esto se realizará incrementando las distancias sociales. La cantidad de información podrá tal vez generalizarse para todos (ricos y pobres, países avanzados y países subdesarrollados, gentes educadas técnicamente y gentes que hoy son casi analfabetas), pero el incremento de poder es asimétrico y no homogéneo, y favorece diferencialmente a quienes ya poseen las instituciones científicas, una larga tradición de acumulación educativa y el poder para tomar decisiones (actos de decisión que son siempre selectivos).

E. PINILLA DE LAS HERAS

CARLOS H. WAISMAN

Modernización y Legitimación: La incorporación de la clase obrera al sistema político

(Edit. C. I. S., Madrid, 1980)

El estudio de Waisman se inscribe en un marco teórico que pretende aunar los procesos de modernización y legitimación. El objetivo del autor desde el primer momento, es acotar un campo tan extenso como el que proporciona la relación entre modernización y legitimación, es por eso que centra el problema en los factores que contribuyen a la legitimación del capitalismo por parte de la clase obrera. El concepto de modernización es utilizado en su dimensión política que sitúa el objeto de estudio en base a las crisis de integración que deben resolver los sistemas políticos en distintos momentos de su desarrollo. Este concepto se inscribe implícitamente en una consideración global de la modernización, utilizándola en el mismo sentido que desarrollo, sentido que engloba la industrialización, el desarrollo económico y un orden de valores determinado.

Admitiendo que existe una estrecha correlación entre modernización y la aceptación del capitalismo por parte de la clase obrera, Waisman divide el libro en dos partes que res-

ponden a las dos fuentes de oposición que dan lugar a esta hipótesis:

La primera sitúa la fuente de oposición o apoyo al orden social en la posición de la clase obrera dentro del sistema político. La segunda y la tercera sitúan la fuente de oposición o apoyo al orden social en la posición de la clase obrera en el sistema económico, bien desde el punto de vista de la producción, bien desde el consumo.

El autor propone como enfoque adecuado aquél que sea una combinación de los dos utilizados habitualmente: el enfoque «del puro interés» y «el estructuralista puro», considerando, así, la vida social como una serie de resultados derivados de la interacción entre la estructura y la acción social.

La primera parte basa el análisis en el estudio de las crisis de incorporación de la clase obrera al orden capitalista, realizando una tipología de resultados y la solución dada a esta crisis en tres casos concretos: Disraeli, Bismark y Perú.

A la hora de estudiar la moderniza-

ción política es especialmente importante la integración de clases y estratos generados o movilizados en el proceso de industrialización, en este caso la formación de la clase obrera. Apoyándose en Marx, el autor, atribuye la formación de la clase obrera a la disolución de las relaciones sociales precapitalistas y a la absorción por parte del capitalismo industrial de los individuos que la disolución de estas relaciones libera. El problema de la integración de la clase obrera plantea dos modelos de solución:

a) Movilización, que consiste en una demanda de participación y es considerada como un proceso con tres etapas: No participación pasiva, Heterotomía y Fuerza política independiente; la formación de la clase obrera implica la transición entre ellas. La tipología se obtiene en base a dos dimensiones: situación en el sistema político y grado de autonomía.

b) Modernización preventiva, que consiste en la incorporación de grupos relevantes y heterogéneos por parte de la élite establecida para reforzar el orden social.

Visto el problema de la formación de la clase obrera, Waisman analiza los resultados del proceso de su incorporación al sistema político; para ello elabora una tipología que obtiene de la combinación del grado de legitimación y del grado de centralización del poder, que dan lugar a cuatro tipos ideales:

1.º *Adaptación*.—Situación en que se ha producido tanto la incorporación política como la ideológica.

2.º *Polarización*.—Se produce al otorgar a la clase obrera una actuación independiente a la que no ha sucedido una generalización de valores.

3.º *Exclusión*.—Se produce la to-

tal ausencia de incorporación al negarse las élites a aceptar sindicatos independientes.

4.º *Cooptación*.—Situación en que la clase obrera es incluida bajo el control de la élite establecida, en calidad de partícipe heteronomo.

En la realidad estos resultados no son puros, aunque siempre hay alguno predominante. Los procesos que han dado lugar a estos resultados se basan en el análisis de la interacción de las élites establecidas y la clase obrera. Aquellos elementos que no son explicados por esta relación pero que la aceptan son denominados factores ambientales. Todo ello constituye el marco conceptual en el que se desenvuelve el modelo de acción política.

Waisman elabora, para el análisis de la acción política, unos gradientes conceptuales de la acción política colectiva, que son en sus extremos la «estrategia», nivel de máxima complejidad correspondiente a las minorías dirigentes y «formas de acción políticas» correspondiente al nivel de mínima complejidad que corresponde a una colectividad emergente, la clase obrera.

«Los factores ambientales» son una serie de recursos que pueden alterar la aparición de resultados, que son básicamente dos: el primero hace referencia a las características de otras clases y estratos y a sus posibles alianzas con la clase obrera o con la élite. El segundo consiste en los aspectos de la estructura social, y tiene tres dimensiones: política (la coerción), económica (el excedente) y cultural (la cultura y las ideologías).

La «estrategia de la élite». Existen tres tipos ideales de estrategias de cara a la clase obrera: inclusión, exclusión y cooptación, cuyo éxito lleva al establecimiento de las democracias

liberales, dictaduras o regímenes corporativistas, respectivamente.

Las «formas de acción políticas» están determinadas, en base al umbral de legitimación, considerándose fuera de él a aquellas ideas que, llevadas a cabo, supusiesen la desaparición del orden social capitalista. El umbral varía según el régimen político, siendo superior en los regímenes pluralistas que en los monistas. En la legitimación hay que distinguir la legitimación de ideas y de conductas, aunque se den relacionadas. Para la formación de cuatro tipos ideales de acción política Waisman va a tener en cuenta ambas, combinando la conducta (sumisión, radicalismo) y las ideas. Los cuatro tipos ideales de acción política son: aquiescencia, reformismo, movilización y acción revolucionaria.

Las formas de acción política se relacionan:

a) Con la estrategia de la élite, ya que ésta variará según se enfrente con una clase obrera sumisa, movilizada o reformista.

b) Con los factores ambientales, ya que el comportamiento en la clase obrera depende de la situación y alianzas del resto de las clases y estratos sociales; también influirá la existencia o no de un excedente disponible para la distribución, así como la existencia de un aparato que pueda posibilitar la exclusión en un momento dado. De la misma forma la orientación de la estrategia y élite y la propensión al acuerdo o desacuerdo por parte de la clase obrera viene determinado por la cultura política.

Tres casos de la interacción de la estrategia de élite y su relación con las normas de acción política:

1. La extensión del voto en Gran Bretaña con Disraeli.

El primer caso en que se resolvió la integración de la clase obrera por adaptación, esto fue posible por la existencia de una clase obrera movilizada pero con bajo nivel de desacuerdo, una élite flexible, un excedente suficiente para repartir y una cultura política tendente a la adaptación.

2. La exclusión de los socialistas en la Alemania de Bismark.

Esta situación vino determinada por una industrialización tardía, regida por Prusia, que estableció su régimen democrático y mantuvo el poder de las élites terratenientes; éstas veían en la revolución proletaria un peligro continuo, lo que llevó a la exclusión del partido socialista como un acto de autodefensa. A la política de exclusión se le añadió secundariamente otra coactiva, manifestada a través de «la política del bienestar», de Bismark. La exclusión se produjo además por la inexistencia de un excedente que repartir y por la asociación de las clases medias con la élite tradicional.

3. El desarrollo del movimiento obrero bajo control estatal en la Argentina.

Argentina presentaba unas condiciones específicas para este suceso: una peculiar composición de su clase obrera, producto de una rápida industrialización y una fuerte movilidad social, a lo que hay que añadir una pronunciada discontinuidad interior. Al subir Perón al poder lo que le preocupa es organizar una masa trabajadora que, sin controlar, le parece peligrosa; para conseguirlo utiliza la coacción y las recompensas económicas. La repartición del excedente fue posible gracias al «boom económico» producido por las nacionalizaciones y la apropiación de los beneficios de las exportaciones; además desarrolló una espectacular política de bienestar.

Las correlaciones estructurales de los resultados

Existe una interrelación entre tiempo de industrialización (orden de entrada en el mundo industrial), dualismo (coexistencia de un sector tradicional y otro moderno) y la alienación del control de los recursos económicos. Así, en la primera etapa de la industrialización, el dualismo casi no existiría, la estrategia sería la adaptación, la burguesía se habría integrado antes que el proletariado y la forma de acción política sería la movilización. En los países integrados en la segunda etapa el dualismo sería más patente, la estrategia sería la polarización y la burguesía y el proletariado se habrían incorporado simultáneamente. En la tercera etapa todas estas características se han acentuado: el dualismo es radical, la burguesía está ausente de poder y frente a una clase obrera, cuya forma de acción política es condescendiente, la estrategia de la élite es la cooptación.

El dualismo produce la fragmentación y dificulta las formas de acción política efectivas. Se ha dado en todos los países el mayor o menor grado, a excepción de aquellos sin pasado precapitalista (Canadá).

La variable de control de los recursos se relaciona con el tiempo de industrialización: así, en la primera etapa, la autonomía se consiguió gracias al control sobre las materias primas; en la segunda los países tuvieron que competir con los de la primera, y en la tercera el control no es nacional, sino que viene del exterior.

He dedicado un espacio proporcionalmente mayor a la primera parte por considerar que en ella el autor desarrolla el marco teórico que aplica posteriormente al resto del estudio.

La segunda parte analiza los deter-

minantes de acción política exógenos al sistema político, estudiando en diversas situaciones sociales el efecto que produce la posición de los obreros en la economía, sobre las diversas formas que adopta su acción política. Para hacer analíticamente inteligible este proceso, investiga la situación de los obreros en la estructura social con respecto a los siguientes indicadores: situación centro-periferia, que hace referencia a la posición que ocupa en el sistema productivo; privación: este indicador trata de la posición que se ocupa dentro del sistema de consumo. La posición central y la privación las considera el autor propiedades «estáticas», haciendo uso paralelamente de los conceptos de integración y marginación que serían caracteres «dinámicos». Estos dos indicadores harían referencial al proceso de inclusión de individuos en la clase obrera y al proceso de expulsión de los individuos de la misma respectivamente.

Elaborado el aparato analítico, Waisman estudia una serie de datos de encuestas que proceden de dos estudios sobre la clase obrera argentina. El primero trata de la clase obrera establecida, trabajadores de la industria azucarera de Tucumán, cuya posición central era destacada y su exposición a la marginación elevada debido a la crisis que afectaba a esta industria. El segundo estudio consiste en una encuesta realizada entre los trabajadores nuevos que, procedentes del noroeste de Argentina, habían emigrado a las ciudades de Buenos Aires y Rosario, poseyendo, en consecuencia, un bajo nivel de integración.

El análisis de los caracteres estructurales y de los efectos que éstos producen en la clase obrera, será realizado a través de una serie de indicadores elaborados para su medición.

Los efectos de los caracteres estructurales son, según su orden de importancia:

La integración.—La experiencia anterior en la agricultura capitalista, el alcance de la experiencia industrial y el tiempo de residencia en la ciudad producen efectos integradores. La experiencia previa en la agricultura pre-capitalista provoca una desviación de la aquiescencia que se dirige hacia formas de acción política con fuerte radicalismo.

La posición central.—Parece ser que las variables de posición central son de adaptación. El efecto de calificación es marcadamente adaptador, así como el tamaño de la empresa (con excepción de los obreros establecidos).

La privación (medida a través de la calidad de vivienda, salarios y tamaño de la familia) provoca una desviación de la aquiescencia, especialmente un nivel bajo de salarios.

La marginación también se asocia a cambios en la acción política de los obreros establecidos; en éstos el impacto de la amenaza del paro es más fuerte que el paro de hecho y probablemente se traduzca por un efecto reformista.

El impacto de la posición central y la integración sobre las formas de acción política parece ser más fuerte que el de la privación y la marginación. Dado que las dos variables primeras son de efectos adaptadores, podría pensarse que incluso en las primeras etapas de la industrialización el impulso hacia la aquiescencia, derivado de la posición de los obreros en el sistema económico, probablemente es más fuerte que el impulso a la desviación de la aquiescencia.

Con los resultados obtenidos, Waisman se sitúa en contra de la tradición ideológica vigente al afirmar que la

falta de integración parece producir efectos más marcados que la privación. Además la privación parece producir un efecto reformista en los obreros establecidos más que un efecto movilizador.

La distribución de los caracteres estructurales es producto de las características del proceso de desarrollo económico en las distintas sociedades. Por lo que hace referencia a los caracteres «estáticos», su distribución varía según factores, tales como la oferta de trabajo, el tipo de estructura social producida por los imperativos de los recursos tecnológicos y del mercado de bienes primarios en que se ha especializado el país. En segundo lugar, la distribución de los caracteres «dinámicos» es la consecuencia de los aspectos cuantitativos del proceso de modernización que determinan la amplitud del fragmento de la clase obrera que en un momento determinado se halla bajo el efecto de uno de los caracteres «dinámicos».

En definitiva, el autor defiende que el proceso de industrialización parece conducir a la adaptación de la clase obrera y que los mayores problemas de integración se darán en aquellos países capitalistas de desarrollo medio, lo que provocará formas de acción política distintas a la aquiescencia.

* * *

Se puede decir que este estudio, de grandes pretensiones teóricas y unitarias, constituye una tentación para todas aquellas personas que en todo problema busquen una solución. Son numerosas las dudas que le surgen a uno después de haberlo leído, por ejemplo esas pretensiones eclécticas de aglutinar corrientes de la más diversa índole ideológica no dejan de

ser, a mi juicio, un recurso teórico para encubrir el desarrollo clásico semi-funcionalista en el que se inscribe el estudio. Preocupa la exposición que el autor hace tanto de Marx como de Marcusse, pasando por encima de sus teorías de una forma un tanto superficial, situando la crítica a Marx en la corriente de Dahrendorf.

La explicación global que del proceso de modernización política proporciona el autor como un concepto único y monolítico parece eludir, sin el menor rastro de duda, la cuestión de la crisis del concepto de modernización en este sentido, que caracteriza a la sociología europea actual.

En este modelo uno se cuestiona dónde tienen cabida los distintos procesos de modernización de los países socialistas, tanto en sus modelos occidentales como asiáticos, a no ser que para el autor sólo se produzcan procesos de modernización política en el capitalismo, o que, en el mejor de los casos, sólo haya pretendido aplicar ese concepto de modernización al sistema capitalista; en este caso un concepto universal de modernización no tendría sentido.

Habría que destacar también la discontinuidad del trabajo: un marco teórico muy elaborado (independientemente de su validez absoluta) que se aplica a dos trabajos empíricos muy determinados geográfica y políticamente y que realmente pienso que las constataciones que de ellos se puedan extraer no pueden tener pretensiones de veracidad universal y menos de respaldo suficiente para constatar ninguna hipótesis.

El estudio defiende, además, la tesis de que el proceso de industrialización parece conducir a la adaptación de la clase obrera, tesis que me permito dudar, ya que en los países en que el autor considera que la adaptación se ha producido, se está llevando a cabo en los últimos tiempos procesos que no coinciden con esta tesis, que no deja de ser una postura optimista de cara a un sistema en el que la rigidez de la movilidad social y la frustración de expectativas nos lleva a situaciones que parece ser no se caracterizan por la adaptación de nadie.

TERESA GUTIÉRREZ DEL ALAMO

ROBERT K. MERTON

Ambivalencia sociológica y otros ensayos

(Madrid, Espasa-Calpe, 1980, 333 pp.)

Lentamente van apareciendo en nuestro país algunos de los clásicos de la Sociología contemporánea, asequibles hasta ahora sólo a través de sus versiones originales, lo cual limitaba las posibilidades de una amplia y necesaria difusión. Para el lector castellano, Robert K. Merton sólo podía ser conocido por su *Teoría y Estructura Sociales*¹ y algunos artículos aparecidos en los recientes *readings*², aparte, claro está, de la obligada referencia que encontramos en los manuales más utilizados. Incluso su *Teoría y Estructura Sociales*, que hace tiempo se agotó sin que haya vuelto a reeditarse, no es más que una recopilación de artículos de su primera época, y ha sido utilizado más como manual de introducción a la Sociología que como muestra del pensamiento mertoniano. Es signifi-

cativo que las revistas especializadas españolas apenas han dedicado espacio a la obra de Merton.

Sin embargo, esta situación entra en aparente contradicción con dos circunstancias: la primera es el hecho de que Merton es citado y sobre todo criticado *ad nauseam* por todos los sociólogos, asignándole el papel de representante más cualificado del positivismo, empirismo americano, funcionalismo o estructural funcionalismo, según las diferentes versiones. Sería lógico pensar que siendo Merton tan destacado representante de la sociología académica, su lectura debería estar muy extendida. En segundo lugar, resulta obvio que la práctica profesional de la Sociología, estemos o no de acuerdo con él, se ajusta a las líneas básicas del esquema de los planes de investigación trazados por Merton. De alguna manera la sociología real es implícitamente mertoniana, aun cuando lo critique explícitamente³.

¹ MERTON, Robert K., *Teoría y estructura sociales*. México, F.C.E., 1964.

² BARNES, Barry; KUHN, Thomas S. MERTON, Robert K. y otros, *Estudios sobre sociología de la ciencia*. Madrid, Alianza Editorial, 1980; BENDISE, Reinhard; LIPSET, Seymour M., *Clase, status y poder*. Madrid, Euramérica, 1972.

³ Albert, J. REIS, "Sociología", en *Enciclopedia Internacional de Ciencias Sociales*, vol. 10, p. 70, Madrid, Aguilar, 1977.

Además, Merton ha establecido el marco contextual de una serie de problemas sociológicos que aún en la actualidad siguen ocupando un papel fundamental en el desarrollo de la sociología contemporánea. Quizás el más destacado de todos ellos es el planteado en su artículo «Estructura Social y Anomía» (1938), en el que afirma que la disfuncionalidad es una consecuencia estructural de la propia funcionalidad de las normas sociales, es decir, la desviación es una consecuencia necesaria de la propia integración social; no podemos dejar de reconocer en estos términos la base de lo que posteriormente ha sido denominado «Sociología de la Desviación», por mucho que los miembros de dicha escuela renieguen de su origen mertoniano. Otro problema importante es el marco causal en el que se desarrolló la revolución científica en los siglos XVI y XVII, que Merton atribuyó a la confluencia de factores ideológicos de raíz weberiana, con otros de tipo económico y comercial de raíz marxista; el interés despertado por la formulación de Merton ha conducido a toda la polémica que ha envuelto en los últimos años la «Sociología de la Ciencia». Otros temas importantes son la teoría del «Grupo de Referencia», los análisis sobre sociología de la amistad, de las organizaciones burocráticas, el acercamiento epistemológico entre la Sociología y la historia...

En general, la obra de Merton, podemos decir, que consiste en un intento crítico de superar el estructuralismo (término que más adelante nos ocuparemos de definir) desde dentro del paradigma estructural mismo, con objeto de subsanar los problemas más significativos que éste tenía planteados sobre los años cuarenta, y esta superación pasará por la búsqueda de

una estructura más asequible a la comprobación empírica y monográfica, mediante la elaboración de teorías de Alcance Medio frente a las teorías excesivamente omnicomprendivas. Finalmente, la acumulación de tales teorías de Alcance Medio, en un proceso continuo de avance, le permitirán llegar a generalizaciones más amplias.

El libro que estamos comentando es una recopilación de artículos preparado por el propio Merton en 1976, y con la que ha pretendido ofrecernos una visión, si no completa, al menos global de su actual posición teórica, aunque el más antiguo de los artículos data de 1936 y el último de 1975. Están articulados de tal forma que se subdividen en tres partes bien diferenciadas, cada una de las cuales comienza con un artículo teórico de base, y se completan con diferentes artículos monográficos a modo de ejemplos ilustrativos de lo expuesto teóricamente. Aunque hay algunos artículos cuyo encaje es bastante incomprendible, sin dejar de ser particularmente interesantes.

La primera parte de las tres desarrolla el concepto de Ambivalencia Sociológica, la más importante de las contribuciones de Merton a la sociología reciente, crítica rotunda y eficaz a la concepción normativa de la sociología desarrollada por Parsons Talcott.

El término ambivalencia fue acuñado para la Psicología por Bleuler a principios de siglo; su significación es la misma que en el lenguaje común, y refleja las sensaciones o acciones contradictorias que experimenta el ser humano. En la teoría sociológica la ambivalencia hace referencia a la estructura social, «en su sentido más amplio... contempla las expectativas incompatibles que con carácter normativo se asignan a las actitudes, creencias y comportamientos ligados

a un *status*... o a un grupo de *status* en una sociedad. En su sentido más restringido... a las expectativas incompatibles que con valor de normas están incorporadas a un determinado cometido o a un determinado *status* social» (p. 19). «Y como estas normas no se pueden materializar simultáneamente por medio del comportamiento, se expresan mediante una oscilación: pasando del distanciamiento a la compasión, de la disciplina a la permisividad, de un trato personal a otro impersonal» (p. 21). Es decir, que la teoría sociológica deberá de ocuparse de este contexto estructural que genera normas contradictorias definiendo el uno y las otras y las diversas alternativas de comportamiento a que dan lugar.

La ambivalencia puede ser debido a otras causas que Merton define, especialmente para diferenciarlas de lo que él entiende estrictamente por el concepto de ambivalencia sociológica. Son éstas:

— Conflicto de intereses dentro de un mismo grupo de *status*.

— Conflicto entre los diferentes cometidos asignados a un mismo grupo de *status*.

— Contradicción entre valores culturales socialmente asumidos.

— Disyunción entre aspiraciones prescritas culturalmente y los caminos socialmente estructurados para realizarlas.

— Conflicto para los que participan en más de una cultura. (Lo que en Antropología se llama choque cultural.)

Siguiendo la primera definición que hemos dado de ambivalencia, Merton en directa oposición al análisis par-

soniano⁴, afirma que desde la perspectiva de la ambivalencia sociológica... «vemos un cometido social como una organización de normas y contranormas, y no como una combinación de los atributos dominantes (como neutralidad afectiva o especificidad funcional). Proponemos más bien que las normas más importantes y contranormas menos importantes dominan alternativamente el comportamiento en un cometido, produciendo así la ambivalencia». Lo cual implica que en un rol determinado, el de médico, por ejemplo, no sólo existe una dinámica alternativa de normas y contranormas, sino que por venir éstas estructuralmente determinadas, sólo es posible llevar a cabo las diferentes funciones de un cometido, como el de la práctica médica, asumiendo tal dinámica.

En la última parte del artículo sobre Ambivalencia Sociológica se desarrollan las fuentes estructurales de ambivalencia hacia las profesiones liberales, aprovechando la masiva documentación sociológica que sobre su prestigio se ha realizado, limitándose a las fuentes de hostilidad entre profesionales y clientes que surgen de sus relaciones institucionalmente reglamentadas, y precisamente a causa de tal institucionalización. Entre tales fuentes cita: *la continuidad en la relación* que acumula la ambivalencia, *la autoridad profesional* que produce frustraciones necesarias, el aspecto *económico* que genera desconfianza, *los resultados* de la consulta que pueden no ser satisfactorios y, por último, *la difusión social* de la hostilidad a partir de las diferentes experiencias ambivalentes.

El resto de artículos de esta primera parte analiza la ambivalencia de

⁴ PARSONS TALCOTT, "El sistema social", en *Revista de Occidente* (especialmente capítulos 3 y 4). Madrid, 1976.

los científicos, la de los médicos, la de los cuadros empresariales y de los individuos frente a las asociaciones voluntarias de tipo democrático, siendo especialmente atractivo el análisis de la ambivalencia de los científicos en relación a la prioridad en los descubrimientos en la que Merton combina sus conocimientos históricos con su teoría sociológica de una manera especialmente brillante.

Queremos hacer notar que el concepto de ambivalencia es en Merton un concepto puramente teórico que ocupa un lugar clave en su pensamiento, es de suponer, por tanto, que de acuerdo con sus propias proposiciones teóricas, éste ha sido derivado de una acumulación de análisis empíricos y teorías de Alcance Medio, y así es en efecto, Merton ha realizado abundantes estudios monográficos sobre la ambivalencia social a que se ven sometidos estructuralmente diversos grupos, pero siempre profesionales de tipo liberal, o técnicos con cometidos muy definidos, propios de sociedades de economía de libre mercado capitalista: por ejemplo, es evidente que el análisis de la ambivalencia frente a la profesión médica sería distinto en una sociedad cuya medicina esté socializada o semi-socializada. Por tanto, consideramos que si bien el concepto de ambivalencia es teóricamente muy importante y nos resulta especialmente útil, está excesivamente ligado a un tipo concreto de análisis empírico como para utilizarlo en otros análisis sin una depuración previa.

En la segunda parte del libro Merton desarrolla su actual posición teórica de una forma mucho más global y no sobre un concepto como en la parte primera. El artículo clave aquí es «Análisis estructural en sociología», en el cual, a partir de una oposición frontal a aquellos sociólogos

que consideran que la situación actual de nuestra disciplina se caracteriza por una profunda crisis, a los que atribuye una falta de comprensión del fenómeno, tanto porque su pretensión constante es la de que con sus particulares puntos de vista se resuelve la crisis de una forma radical, como por no entender que la crisis de la Sociología es una crisis de crecimiento resultado de unas expectativas superiores a los logros obtenidos. La verdadera crisis sería para Merton la aceptación por parte de los sociólogos de un paradigma único entre las varias propuestas de panacea teórica existentes.

Todo ello puede explicarnos por qué Merton no considera el paradigma del análisis estructural por él propuesto como la salida a la «crisis de la Sociología», sino simplemente uno más entre los múltiples modos de llegar a una confluencia sociológica verdaderamente eficaz y unificada. Sin embargo, Merton considera que el tipo de análisis estructural por él propuesto es el más adecuado para ir superando el pluralismo existente sin caer en los defectos del dogmatismo monista, aunque no quedan nunca muy claros los límites entre un pluralismo beneficioso y un pluralismo incorrecto.

La contradicción parece surgir de las propias estipulaciones con las que Merton define su *variedad* de análisis estructural, en cuyo contenido vamos a entrar de inmediato, aunque en vez de penetrar directamente en el mismo es interesante compararlo con las 11 estipulaciones que estableció el mismo Merton en un artículo mucho más antiguo: «Funciones latentes y manifiestas»⁵, en el cual define un esquema general para lo que entonces él

⁵ En MERTON, Robert K. (1964).

llamaba análisis funcional, que se aparta ya tanto del estricto y exclusivo análisis funcional de Malinowski como del normativo parsoniano, en una serie de puntos importantes, como el de oponer un modelo de sociedad totalmente funcional e integrado a otro modelo en el que existen funciones y disfunciones latentes y manifiestas que conviven en el tiempo, siendo necesaria para que una sociedad exista que el saldo neto funcional sea superior al disfuncional, no existiendo ningún tipo de «prerrequisito funcional», sino diversas alternativas de las que las disfunciones son manifestación. El paso de una alternativa a otra es lo que explica el cambio social.

En la variedad de análisis estructural expuesto en el texto que comentamos, Merton va mucho más lejos; no se trata ya de una simple crítica al análisis funcional clásico, sino de una «confluencia de ideas que derivan principalmente de Durkheim y Marx», en el que no cabe una teoría social que presuponga un conjunto unificado de normas, sino la ambivalencia sociológica. Que las estructuras sociales generan comportamientos anormales por su propia condición de estructuras no unificadas normativamente, como consecuencia de lo cual la propia estructura genera necesariamente el cambio social. En este esquema encaja la consideración de una sociología que opone el pluralismo a un monismo teórico incapaz, precisamente, de captar la ambivalencia de las normas sociales y su dialéctica histórica.

Por supuesto, uno es continuación de otro y las distinciones entre funciones latentes y funciones manifiestas, así como la crítica a la versión funcionalista del consenso normativo se mantiene.

La contradicción, a la que antes hemos hecho alusión, es la que se da entre la asunción de este pluralismo teórico en el que se mueve de forma predominante el análisis estructural mertoniano único que parece aceptar la existencia de este pluralismo con las ventajas de no encontrarse limitado entre los problemas para investigar, ni dirigir los investigadores hacia fenómenos particulares delimitados no por el nivel social, sino por el teórico-cognitivo. Es decir, pluralismo sí, pero jugando con las cartas marcadas que nos da Merton, porque se quiera o no, el pluralismo, al igual que el monismo, presupone, a nivel epistemológico una teoría social omnicompreensiva.

Pero, desde luego, no son éstos los problemas que se plantea Merton; pretende darnos una guía teórica básica para la investigación práctica, y evidentemente lo consigue, ya que situado el investigador práctico enfrente del fenómeno del pluralismo sociológico no podrá por menos que adoptar la postura pragmática de Merton, aunque después enuncie cualquier teoría bien alejada del esquema mertoniano.

Este pragmatismo queda demostrado en los dos artículos siguientes de esta parte, en los que estudia fenómenos tan cotidianos como «Las consecuencias imprevistas de la acción social» y en «Saber social y planes de acción públicos», la influencia de las orientaciones teóricas en las acciones emprendidas por las comisiones gubernamentales.

Sin embargo, no hay que confundir pragmatismo con empirismo, y Merton nos avisa de los peligros a los que conduce dicha confusión, según él, es preciso distinguir en las descripciones de los cometidos sociales tres niveles: *el pictórico*, que se-

ría el propio de un buen novelista; el *sociográfico*, que se remite a clasificar los fenómenos sociales y que es predominante en la actual sociología; y que si bien según Merton es válido utilizar, no es el verdadero objetivo de un científico social que debe tener como finalidad el tercer nivel, el *teórico o analítico de la sociología* (pp. 25 y ss.). Es decir, toda investigación sociológica debe ser pragmática y puede ser empírica, pero con el punto de vista puesto a un nivel teórico que es el verdaderamente práctico.

Esta segunda parte acaba con un atractivo artículo publicado por Merton, en julio de 1961, en el *New York Times*, «Los cánones del anti-sociólogo», en el que defiende la profesión de los ataques de aquellos que la consideran un cúmulo mal articulado de evangelizadores positivistas y estadísticos impertinentes que se diferencian del resto de los científicos por el uso de una jerga ininteligible. Merton se siente satisfecho de tales ataques, por el argumento conocido en estas tierras por «ladran, luego cabalgamos». Pero además, añade, no tiene lógica sostener al tiempo que la sociología no sirve para nada, ya que no puede llegar a conclusiones válidas, y que en la actividad de los sociólogos resulta peligrosa para la sociedad sobre la que actúa. Y aparte de ilógico resulta ridículo sostenerlo apoyándose en los resultados de un cuestionario, o en especulaciones que generalizan las actitudes sociales.

Finalmente, la tercera parte consta de tres viejos informes de otras tantas investigaciones empíricas: «La discriminación y el credo americano» (1948), que aclara: «Conceptos aparentemente confusos en la esfera de la raza y las relaciones étnicas»... como «un paso necesario previo a la preparación de programas de integra-

ción efectivos entre grupos» y en que relaciona los niveles ideológicos y el comportamiento real, en relación con la discriminación racial, considerando parte del nivel ideológico los paradigmas utilizados en los análisis cualitativos, y los vicios, entre los que se halla la generalización precipitada, que se introducen en forma de prejuicios que invalidan el propio análisis en su posible utilidad social. El artículo «Hechos y artificiosidad en los cuestionarios de opinión sobre grupos étnicos» (1938) completa el argumento con una crítica a las escalas de actitud de Thurstone, a partir de las diferencias entre opinión y comportamiento manifiesto, y a causa de la ambivalencia de las actitudes sociales, tal ambivalencia desaparece en una escala de ítems positivos, en la que el encuestado tiene sólo dos opciones (sí o no), inclinándose por aquella que su conducta oficial prescribe. En «Intermatrimonio y estructura social» (1941) combina una metodología sociológica con otra antropológica, en un análisis estructural muy complejo de los resultados de los matrimonios entre personas de dos etnias (blancos y negros), con el que defiende las ventajas del trabajo interdisciplinario. Acaba este artículo con la reproducción de la correspondencia entre Merton y Kingley Davis sobre el mismo, y con la que demuestra que el contexto de la investigación contiene y debe contener muchas más ideas de las que aparecen en el resultado final.

En conclusión, Merton pretende mostrarnos, en esta tercera parte, la continuidad entre las posiciones teóricas que asume actualmente y sus análisis empíricos, las escalas de opinión, los prejuicios de monismo... E introducía conceptos como ambivalencia, análisis ecológico, trabajo en equipo, etc...

En resumen, el texto que comentamos podrá parecer poco interesante a aquellos que lo cataloguen de «sociología estructural funcional» o académica, sin comprender las profundas diferencias que se esconden bajo tal epígrafe. Pero, desde luego, no puede dejar de existir consenso en cuanto a que Robert K. Merton ha clarificado el paisaje conceptual, sea un consenso crítico o apologetico.

Particularmente, y sin ser éste el momento de evaluar globalmente la obra de Merton, considero que ésta es más psicologista que sociológica; es siempre interacción entre *ego* y *alter* en el contexto de un grupo particular, no en el conjunto de la sociedad. A lo más que se llega es a relacionar dos grupos, como médicos y clientes, pero la sociedad global nos

ha sido escamoteada. ¿No será como consecuencia de la propia posición metateórica de Merton? El pluralismo teórico, parece de alguna manera reñido con el concepto mismo de sociología que presupone la existencia de una sociedad con «algún tipo de integración», sin la que no sería posible la práctica sociológica.

Finalmente una nota de humor en relación a la traducción, y al uso de no profesionales de las Ciencias Sociales, para textos técnicos, pero sentimos curiosidad por conocer el libro de Alvin W. Gouldner *La crisis en puertas de la sociología occidental* y no menos el de Pitirim Sorokin *Modas y manías de la sociología moderna*.

JOSUNE AGUINAGA ROUSTÁN

JEAN REMY, LILIANE VOYÉ, EMILE SERVAIS

Produire ou reproduire? Une sociologie de la vie quotidienne (Tome 2)

(Bruxelles, Editions Vie Ouvrière, 1980, 347 p.)

Con la publicación de este segundo volumen se completa la ambiciosa tarea emprendida por este equipo de profesores e investigadores vinculados a la Universidad de Lovaina, en una obra de cuyo carácter asaz extraordinario nos hicimos eco ya en estas mismas páginas, en el momento de la aparición del primero de sus dos tomos (cf. *REIS*, 4, 1978, pp. 211-213). La posibilidad de remitirnos a aquella primera recensión nos ahorrará precisamente la necesidad de reiterar aquí todos los comentarios acerca de las características generales de la obra, sus condiciones de producción, la

perspectiva adoptada por sus autores, y su peculiar estilo o modo de articular el discurso. Al mismo tiempo, sin embargo, dos referencias concretas a lo que allí comentábamos nos permitirán situar con mayor precisión este nuevo libro, poniendo en evidencia tanto la continuidad y unidad fundamental del conjunto de la obra, como la especificidad de este segundo volumen. Decíamos, en efecto (p. 212), que los autores se veían inducidos «a otorgar en el análisis un lugar primordial a la noción de transacción social (... con lo que...) se cierra el primer volumen de esta obra (...) y se anun-

cia el segundo, centrado en torno a la cuestión del contenido mismo de los modelos culturales». Y concluíamos sugiriendo (p. 213) que «*Produire ou reproduire?* es como aquellas novelas policíacas en las que la intriga no se monta sobre el «suspense» del desenlace, sino que éste se produce en el primer capítulo, mientras que el resto de la obra es un lento perfilar y recrearse en los caracteres de los personajes. Es decir, como un Simenon; Simenon y Remy tienen objetivamente, por lo demás, algo muy importante en común: la ciudad de Lieja. Y a fin de cuentas, acaso no fuera descabellado definir a Remy, por temperamento y estilo, como un Maigret de la Sociología...»

Pues bien, también en este segundo tomo dedicado al análisis de los contenidos culturales creemos ver confirmada la analogía que un tanto temerariamente propusimos: en esta ocasión el episodio bien pudiera titularse: «Maigret y el fantasma Marx». En efecto, si el núcleo del volumen lo constituye el intento de definir las reglas de la transacción social a partir de los contenidos culturales que las organizan en las sociedades de capitalismo avanzado, características del mundo occidental, la espina dorsal que recorre la obra de cabo a rabo, la pista en cuya persecución se lanza el sociólogo-sabueso, no es otra que la del estribillo famoso: «no es la conciencia la que determina la existencia, sino la existencia la que determina la conciencia». Y tampoco en este caso habrá «suspense» hasta llegar al desenlace final; al contrario, en ese supuesto «Maigret y el fantasma de Marx» las cartas están todas ya boca arriba, sobre la mesa, al menos desde la página 30: «(Nuestra) perspectiva permite comprender, por una parte cómo lo cultural es una

dimensión autónoma a partir de la cual se imponen unas orientaciones que van a estructurar unas prácticas determinadas y, por otra parte, cómo esa misma autonomía no es sino relativa en la medida en que, para lograr imponerse, dichas orientaciones han de resultar compatibles con los condicionamientos y las posibilidades que emanan del nivel estructural.» La postura ante el baile *Unterba-Ueberrbau* es, pues, declaradamente antide-terminista y evita caer tanto en el mecanismo de un marxismo vulgar como en el de un no menos vulgar antimarxismo. Por ello no es de extrañar que a lo largo de la obra vaya emergiendo progresivamente la figura de Max Weber, pese a que su presencia no se hará explícita hasta la última parte (y de modo especial en las conclusiones): y por supuesto, no el Weber insulso y facilón aliñado a lo Parsons, ni el Weber despectivamente relegado a la condición de sociólogo de la burguesía por una supuesta sociología marxista-leninista, sino el Weber real, el complejo, matizado y poco etiquetable Weber que leyeron y comprendieron, por ejemplo, Mills (*From Max Weber*), Zeitlin (*Ideología y teoría sociológica*) o Mitzman (*La jaula de hierro*). No en vano son justamente estos autores quienes han sostenido que toda la obra de Weber había de ser entendida como un intento de diálogo con Marx o con el fantasma de Marx. En el mismo sentido creemos, por nuestra parte, que ha de ser entendido este segundo tomo de *Produire ou reproduire?*

Si el objetivo básico del volumen pretende alcanzar una comprensión del contenido y de la evolución de los modelos culturales, poniendo de relieve cuál es la aportación de lo cultural a la dinámica social global, los

autores efectuarán el recorrido en dos tiempos. En una primera parte, titulada «Dinámica de los modelos culturales y orientación social», se fijarán sobre todo en los modos de actuación y en la especificidad de lo cultural, así como en los distintos niveles de articulación de los modelos culturales; mientras que en la segunda, «Modelos culturales y transformaciones de la vida cotidiana», tratarán principalmente de analizar cuáles son las condiciones de producción y de apropiación de esos contenidos culturales.

Especial mención merece el interés que para nuestro propio contexto actual reviste el tercer capítulo de esta segunda parte, dedicado al análisis del movimiento flamenco y de la emergencia y cristalización de la conciencia nacional flamenca como ejemplo histórico de la dialéctica entre lo cultural y lo económico (con prioridad de lo cultural en las fases iniciales del movimiento, y la paulatina transición hacia una mayor acentuación de lo económico luego). Aun admitiendo como indudable que la condición de cada óptica (francófona y no flamenca en el caso de los autores de la obra; catalana, en mi caso) ha de incidir tanto en la escritura como en la lectura del capítulo, lo cierto es que en medio de la verborrea en que nosotros estamos sumidos (desde la «unidad de los hombres y tierras de España» a «las regiones y nacionalidades del Estado español», pasando por lo del «Estado de las autonomías»), un estudio como el que efectúan Remy, Voyé y Servais aparece como un modelo, no necesariamente para subrayar a toda costa paralelismos y coincidencias acaso inexistentes, sino precisamente desde un punto de vista analítico y metodológico: un modelo de lo que rigurosa y lúcida-

mente entre nosotros debiera hacerse, y no se ha hecho ni —mucho me temo— se está haciendo.

Al comentar el primer volumen aludíamos (p. 212) a la conveniencia de elaborar un índice analítico que habría sido de suma utilidad para una utilización del libro como obra de consulta, y apuntábamos la posibilidad de incluirlo —para ambos volúmenes— al final del segundo, entonces en preparación. La sugerencia no cayó en saco roto, y es de justicia hacer constar que efectivamente así se ha hecho en este segundo tomo. A este mismo nivel de observaciones en cierto modo marginales, tampoco debe ocultarse que el texto es a veces de lectura un tanto ardua y que la incuestionable lógica del razonamiento de los autores no implica, ni mucho menos, que el hilo del discurso pueda seguirse sin tropiezos ni dificultades. Tanto el rigor de la conceptualización como las sutilezas del lenguaje son constantes en la obra, y nos hacen augurar «un petit mauvais quart d'heure» al traductor de una, por lo demás, muy deseable versión castellana.

Digamos, finalmente, que en el último capítulo de conclusiones generales incluye un breve apartado de dos páginas (pp. 329-331), que es de hecho como un apéndice, sobre el discurso sociológico y la dimensión ética. En él se plantean, entre muchos interrogantes y a título de hipótesis, cuestiones absolutamente fundamentales: «el análisis sociológico muestra a la vez el carácter necesario de un absoluto sin el cual no hay dinámica social posible) y la variabilidad del contenido de este absoluto (lo cual tendería a inducir al relativismo y a la desimplificación), sin poder llegar a resolver la contradicción entre uno y otro: de donde la necesidad de una apertura

a la dimensión ética» (p. 330). La sociología, o bien la convertimos en una ciencia cerrada en sí misma, susceptible de proponer explicaciones únicas, simples, securizantes (y se nos tornará puro discurso ideológico), o bien no hará otra cosa que «desprender algunas certezas en un marco global de incertidumbre». El sociólogo se encuentra con que «las teorías son tanto más estimulantes cuanto mayor coherencia global presentan», aun reconociendo simultáneamente que «cuanto más globales sean, tanto más discutibles y menos verificadas serán». Lo cual nos lleva, en la última frase y el último interrogante del libro, a encontrarnos de nuevo con la

espinosa dorsal de nuestro «Maigret y el fantasma de Marx»: «¿Hasta qué punto cabría reconocer que en Sociología, como en otras ciencias, cuanto más profunda sea la explicación tanto más tenderá a ser multidimensional y a implicar la indeterminación?» (p. 331).

Aun sabiendo que «lo bueno, si breve, dos veces bueno», somos muchos los admiradores de Maigret que celebraríamos ver en un futuro próximo una explicitación de estos interrogantes y una prolongación de este tipo de reflexiones en un nuevo trabajo de Remy y sus colaboradores.

JUAN ESTRUCH

G. C. ALLEN

Breve historia económica del Japón moderno (1867-1937)

(Editorial Tecnos, Madrid, 1980, 294 pp.)

Trabajo que G. C. Allen dedica a describir el curso del desarrollo económico del Japón entre 1867 y 1937, su recuperación tras la segunda guerra mundial y subsiguientes progresos, así como a la búsqueda de una interpretación de ese desarrollo —objetivo éste fundamental del historiador especializado—. Breve historia económica del Japón moderno que supone un interesante esfuerzo por la comprensión de las fuentes de ese desarrollo, desarrollo que demuestra una vez más que las características de la sociedad industrial no están limitadas culturalmente, y que no siempre es posible ni conveniente «conformar los hechos históricos a un esquema de pensamiento».

La idea matriz del trabajo es la de que el Japón, «a pesar de algunas insuficiencias», se encontraba al principio de la era Meiji en condiciones de asumir su nuevo papel, el de «segundo país industrial más importante del mundo no comunista», que alcanzó en el período 1945-1970. A demostrar esta disposición consagra el autor parte de su obra, ofreciéndose en el capítulo introductorio, añadido en la presente edición, «aquellas características del desarrollo económico del país, que hoy parecen ser de excepcional importancia».

Tres son los aspectos destacables (y de alguna forma definitorios) de la obra. En primer lugar, el extenso y minucioso recorrido a través de la

colectividad económica moderna del Japón, tarea descriptiva a la que todo historiador especializado debe enfrentarse y que constituye la base sobre la que erigir sus conclusiones, destacando rasgos y fenómenos típicos que caractericen lo estudiado. Se trata, en suma, del eslabón inicial de la investigación, y permite ya una lectura entre líneas de la significación y causas del fenómeno estudiado.

En segundo lugar, y dentro de esa primera tarea, hay que destacar el capítulo dedicado a la desintegración del *ancien régime* (cap. I), que permite al autor reforzar la ya mencionada hipótesis y que, por lo demás, parece punto de partida indispensable para una auténtica comprensión de la floreciente formación socioeconómica y su definitiva consolidación. Como señala Allen, se trata de un conocimiento necesario «para comprender las circunstancias que hicieron posible la transformación del país a partir de 1867 y su progreso más reciente». Además, de la consideración de este período derivan atractivas conclusiones que relativizan, de alguna manera, la conveniencia de una concepción rígida del paso de una formación socioeconómica a otra, circunstancia que no necesariamente presupone un movimiento revolucionario en sentido estricto y que, en ocasiones como ésta, puede tener un desarrollo progresivo¹.

Por último, enfatizar el enfoque pluralista de que Allen dota a sus conclusiones, la introducción de aspectos no económicos a la hora de explicar las bases sobre las que se asienta el dinamismo y desarrollo del Japón moderno; consideración de fe-

nómenos ideológicos y políticos que parece fundamental, máxime cuando se reconoce abiertamente que los logros del Japón en el terreno económico «no dependieron de grandes recursos económicos». Esas alusiones a lo superestructural suponen —aun cuando pueda aludirse a la arbitrariedad de la elección— un paso adelante hacia la integración de los conocimientos especializados, hacia una visión integral del proceso histórico.

Respecto a la trayectoria histórica de la actividad económica moderna del Japón, que Allen recorre escrupulosamente (incluyendo el capítulo suplementario «Recuperación económica y expansión (1945-1970)», dedicado a la discusión de «la permanencia de esta alternancia del 'boom' y la recesión en el período de posguerra», no queda excluido de ella el interés por los aspectos y fenómenos sociopolíticos. Aunque la preocupación especializada por el aspecto económico define a la historia económica —preocupación que queda reflejada, en este caso, en la precisa acentuación y delimitación del proceso económico—², el autor no reduce su campo de investigación a temas económicos de análisis idóneo; muy por el contrario, lo articula con los demás componentes del proceso histórico general, colaborando así estrechamente análisis económico y análisis sociopolítico. Desvelando las influencias que sobre la esfera económica ejercen otros componentes del proceso histórico, y no ignorando tampoco los marcos históricos específicos dentro del marco histórico más general, quedan al descubierto algunos de los resortes sobre

¹ Sustitución progresiva que puede considerarse como ley sociológica general.

² Evidentemente, nos encontramos ante un autor formado en el campo de la economía que reconoce poner "especial énfasis en el desarrollo industrial y financiero y en la política económica".

los que se levanta el denominado «milagro japonés». Desde los conflictos de clases y de intereses hasta la patología agresiva del Japón y las consecuencias de su acentuado militarismo, desde la contribución americana a la rehabilitación del Japón en el período inmediatamente posterior a la segunda guerra mundial hasta el importante papel desempeñado por los samurais de rango inferior de los clanes en la trama política y económica del nuevo Japón; casi todo parece estar presente en el trabajo de Allen.

Reconstrucción (como eslabón preliminar de la investigación histórica) e interpretación. Reconstruido el crecimiento general de la economía japonesa a lo largo del tiempo, revelados ya algunos de los mecanismos operadores de ese crecimiento (aunque menos afortunados, sin embargo, los aspectos relativos a la distribución de la renta dentro de dicha economía), G. C. Allen aborda el «objetivo más arriesgado» de enunciar algunas proposiciones concluyentes explicativas del desarrollo.

Una vez analizada detenidamente la historia económica del Japón durante la era Tokugawa (cap. I), no resulta convincente conceder al posterior desarrollo económico japonés un carácter cuasimágico —como gustan de hacer los más fervientes apolo-gistas del «milagro japonés»—. En efecto, las formas feudales no desaparecen repentinamente bajo el poderoso empuje de la economía de mercado (a pesar de su abolición formal), ni se produce un divorcio radical entre aquella formación socioeconómica y el nuevo orden. Lo que se observa —y se produce en realidad— es la sustitución progresiva de una formación por otra. Hasta tal punto progresiva que ya mucho antes del colapso

definitivo del régimen Tokugawa aparecen en Japón relaciones sociales y económicas propias de una economía de mercado. «Durante los siglos XVII, XVIII y principios del XIX tuvo lugar —señala Allen— un importante desarrollo industrial y comercial y la ruptura entre el Japón antiguo y el moderno fue menos acusada de lo que había supuesto en Occidente»³. Como anécdota, valga la alusión a la existencia, ya a finales del XVIII, de «precursores de los grandes almacenes tan característicos de las ciudades del Japón moderno». Asimismo, una vez consolidada la nueva economía se observan vestigios de la formación socioeconómica supuestamente abolida, coexistiendo temporalmente ambas estructuras. Continuas referencias a esta peculiaridad están presentes a lo largo de toda la obra. Especialmente representativo es el curioso carácter dual que la economía moderna japonesa vino a poseer, el fuerte contraste existente entre la base económica tradicional (economía campesina tradicional) y la nueva superestructura de empresas en gran escala (nueva economía capitalista), origen de múltiples tensiones políticas y sociales, «principales fuentes de inestabilidad en el Japón moderno». Dualidad que se reproduce más allá de lo puramente económico: «Los japoneses, incluso hoy, conservan en buena medida los hábitos domésticos del pasado. La mayor parte habitan casas de diseño tradicional; sus muebles, utensilios domésticos y comida son todavía peculiares, a pesar de la creciente influencia occidental.» Un aspecto éste —la conservación de ciertas señas de identidad— que dota igualmente al desarrollo económico japonés de rasgos peculia-

³ El subrayado es nuestro.

res y que G. C. Allen no olvida subrayar. Es posible, pues, la aplicación de modelos de crecimiento occidentales a un hábitat oriental (no hay fronteras culturales para el capitalismo), sin consecuencias necesariamente trascendentales sobre la identidad cultural de este último. Basta con desarrollar —como en el caso que nos ocupa— un programa de occidentalización basado en una importación selectiva de aquellos modelos, sin perder de vista el interés nacional ni el legado institucional político y económico que, en ocasiones, puede ser readaptado en beneficio de aquél.

Ya se ha dejado constancia del enfoque interdisciplinar que en conjunto ofrece G. C. Allen. Particularmente interesante parece en esta dirección, como ya adelantábamos, el capítulo I —«Sumario y conclusiones»—, en que el autor recapitula acerca de la existencia o no en el Japón de 1867 de condiciones previas para el desarrollo de la nueva economía. Se ha señalado más arriba la hipótesis de que no sólo «la sociedad japonesa de los últimos años de la era Tokugawa no había estado ciertamente estancada», sino que incluso se presentaba en sus últimos días como terreno abonado para el advenimiento del nuevo orden, sin necesidad de bruscas discontinuidades históricas (invalidando de esta forma los esfuerzos categorizantes de ciertos analistas). Aun así, «en 1867, la economía japonesa no solamente estaba atrasada en comparación a la de las principales naciones occidentales, sino que además las bases para una nueva era de expansión parecían estar mal asentadas». Si el desarrollo de las fuerzas productivas no fue suficiente, ¿qué tipo de factores confluyeron para hacer del Japón, en el espacio de sesenta años, un moderno estado industrial? Es ne-

cesario poner de relieve la ligazón existente entre la estructura jurídico-política y las formas de conciencia social, y la producción, pues «el que quiere sacar a la luz los resortes de la acción no se puede limitar a la economía». Ello lo demuestra el hecho de que factores exógenos (tan ineludibles como la amenaza de la flota del comodoro Perry —que algunos señalan como causa primaria del colapso del shogunato—, la gran demanda exterior de seda en rama, o el importante papel desempeñado por el comercio y la banca europeo y americano) y factores económicos internos («causas económicas del cambio de importancia profunda», como el desmoronamiento en las provincias de la estructura económica feudal o las serias dificultades financieras) no hubieran hecho posible por sí solos la modernización de la vida económica del Japón de no existir una serie de condicionantes sociopolíticos previos. Así, el sentido subyacente de unidad nacional —producto a su vez de la situación geográfica, uniformidad lingüística y larga historia de Japón— y la existencia de unidad política, de un sistema único de poder que jerarquiza todas las actividades de la sociedad y se expresa en la institución de la Casa Imperial; una clase gobernante no rígidamente separada del resto de la población; la ya mistificada masa popular dócil; las posibilidades así abiertas de cooperación entre las distintas clases; en definitiva, la identidad y el proyecto nacionales, son factores clave que posibilitan la revolución burguesa japonesa y lo que ella trae consigo. El nuevo mérito de Allen estriba en reconocer su lugar a tales predisposiciones. La superestructura aparece entonces como elemento activo (de las formaciones socioeconómicas) capaz de imprimir a

la base económica un ritmo y una dirección determinados. Y fue justamente ésta —«un patriotismo convertido en ambición inmoderada, un fuerte espíritu nacional que degeneró en un fanatismo no frenado por la moralidad o el cálculo de lo que convenía»— lo que condujo al Japón, bien entrado ya el nuevo siglo, a dar la espalda a los pueblos de Asia «para perseguir otros fines», recriminación consciente que pone punto final a la recapitulación de G. C. Allen.

No quisiéramos cerrar esta breve reseña sin hacer referencia al notable volumen de información cuantitativa, de tablas y series estadísticas, que complementa la labor de G. C. Allen. Tales instrumentos permiten una comprensión mucho más profunda y acertada del pasado y enriquecen el trabajo teórico, al tiempo que apoyan las afirmaciones generales.

En resumen, el trabajo de Allen me parece interesante por tres razones fundamentales. No agota el contenido de la historia económica en el análisis del desarrollo de la produc-

ción y de la actividad productiva, sino que lo extiende al proceso histórico general, sin olvidar la trascendencia de los factores ideológicos y sociopolíticos ni limitar, por tanto, su tarea al análisis de los aspectos puramente económicos de un desarrollo. Desmitifica, de algún modo, el llamado «milagro japonés». Y pone de manifiesto una doble capacidad adaptativa: de una parte, la del capitalismo respecto a los diferentes ámbitos culturales —la utilización por parte de aquél de las estructuras anteriores, mediante esa adaptación—⁴; de otra, y acentuando ahora el protagonismo del Japón, la de éste respecto a los modelos occidentales. Perfecto ejemplo de simbiosis cuyos resultados patetiza Allen.

JOSÉ M. BARRERO MAJÁN

⁴ Recordemos en este sentido la clasificación establecida por André Marchal sobre las variedades del sistema económico capitalista. Véase Ramón TAMAMES, *Fundamentos de estructura económica*. Madrid, Alianza Editorial, 1975, capítulo 3.

LUIS G. SAN MIGUEL

Las clases sociales en la España actual

(Edit. C. I. S., Madrid, 1980)

El tema de las clases sociales es no sólo punto central de la sociología, sino uno de los más controvertidos y polémicos. ¿Qué son las clases sociales? ¿Responde esta categoría a un contenido empírico? ¿Son reflejo de la realidad social? ¿Cuál es su número? ¿Es posible la desaparición de las clases? ¿Son indispensables para la

dinámica del cambio? ¹. Estas y otras preguntas han hecho y seguirán haciendo verter mucha tinta sobre dichos problemas.

¹ Polémicas que se avivaron en los años sesenta con la aparición de la obra de DAHRENDORF, *Las clases sociales y su conflicto en la sociedad industrial*, 1957.

Recientemente ha aparecido el libro de Luis G. San Miguel *Las clases sociales en la España actual*, y el hecho de estar editado por el Centro de Investigaciones Sociológicas despierta aún más la curiosidad de toda persona mínimamente interesada en dicho tema.

La intención del autor es acercarse a la realidad de las clases sociales a través de una nueva metodología, que consiste, como él mismo reconoce, en el análisis de las características constitutivas, a su juicio, de las clases.

«Una clase social es un grupo de personas que, en virtud de sus *ingresos* y de las *actividades* que realizan, se consideran espontáneamente iguales y están dispuestas a relacionarse y a colaborar en defensa de sus intereses» (p. 22). Es decir, ingresos, comportamiento y conciencia de clase deben ser los puntos esenciales y básicos de la existencia de clase y el análisis pormenorizado de ellos desentrañará el tan debatido problema. Propone, pues, un proyecto de investigación basado en dichos elementos. Como resultado de esta investigación concluye con la existencia en nuestro país de cuatro clases sociales, que son: aristocracia, clase alta, clase media y clase baja. Hay desde el principio una negación a la teoría ortodoxa marxista de la existencia dualista que enfrenta en el capitalismo a burguesía y proletariado y que se basa en la propiedad o no de los medios de producción.

El libro está dividido en tres partes, aunque la última dedicada a clases y partidos, de apenas 30 páginas, es más un añadido que no tiene razón de existencia.

La primera parte del libro comienza en torno a las consideraciones teóricas sobre el concepto de clase social y es en mi opinión la más floja de

toda la construcción. Tema sobre el que ha discurrido la mayoría de la discusión sociológica, especialmente tras el nuevo impulso que supuso la aparición del libro de R. Dahrendorf¹, son tratados con evidente superficialidad. Por otro lado, hay un olvido evidente también de algunas aportaciones españolas². Igual juicio merece el capítulo dedicado a algunas teorías sobre las clases sociales. La obligada referencia a la teoría marxista de clases sufre en su pluma la amputación más tremenda. «En Marx —dice— no hay una teoría de clases, sino, por lo menos, dos.» «Marx se contradijo a sí mismo en la medida que sostuvo, simultáneamente, opiniones que más tarde abandonó.» El primer Marx (en su opinión, el más conocido y el peor), en el *Manifiesto Comunista*, habla del dualismo burguesía y proletariado, con lo que no explica la existencia actual de asalariados no proletarios y propietarios no burgueses. El segundo Marx menciona en *Las luchas de clases en Francia*, al menos siete clases sociales. Y así en cuatro páginas escasas resume la contribución más importante a tan discutido tema. De la sociología occidental menciona la corriente norteamericana que mantiene la desaparición de clases en la sociedad capitalista, consecuencia de la semejanza de estilos de vida y una segunda corriente a la que el autor se adhiere y que apoyándose en investigaciones empíricas reconoce la existencia de, al menos, tres clases sociales. En España seguirían la corriente marxista ortodoxa Fernández Castro y Goytre. Muy cerca también de ella A. de Miguel, puesto que basa la pertenencia de clase en la propiedad y control de

² José M. MARAVALL, *La sociología de lo posible*. Madrid, Siglo XXI, 1972.

los medios de producción y como resultado el 79,5 por 100 en España son asalariados, con lo que se cumpliría la profecía de Marx. Paradójicamente, un comunista, Tamames, habla de la existencia de las clases medias, y J. Félix Tezanos dice de ellas que «no sólo no han disminuido, sino que conservan un peso importante».

En resumen, que esta parte del libro, breve y superficial puede ser sustituida por el más elemental de los manuales. Y si es de este apartado de donde se desprenderá el proyecto de investigación, creemos que éste nacerá ya cercenado. Pese a todo, será la parte del libro que más interés despierte, pues trata de analizar las características que considera fundamento de la existencia de las clases sociales.

PROYECTO INVESTIGACION

1. *Ingresos*: San Miguel dice: «La semejanza de comportamientos descansa, muy fundamentalmente, en la semejanza de ingresos». Se analiza, pues, lo que ganan en total los componentes de la familia y por cualquier concepto. Importa no tanto el cómo se obtiene, sino cuánto (p. 18). Existencia de un límite máximo y mínimo para cada clase.

2. *Comportamiento*:

2.1. Trabajo: Tiempo dedicado, clase de actividad, poder que confiere, prestigio...

2.2. Tiempo libre y forma de emplearlo.

2.3. Modo de vida (vivienda, vestido, alimentación, estilo, gustos, etcétera...

3. *Conciencia de clase*:

3.1. Aspectos de conducta en que se basa la conciencia de igualdad.

3.2. Formas que reviste la relación, invitaciones, etc.

3.3. Ideas políticas, sociales y religiosas.

Se puede medir objetivamente el nivel de ingresos, aunque más difícil será establecer los límites entre una clase y otra. Los problemas que acarrea el análisis del comportamiento no sólo residen en la subjetividad del investigador, sino en la cada día mayor semejanza de conductas, la imitación entre clases y la rapidez en los cambios que puede confundir la realidad. Pero es el tercer punto el que, por supuesto, ofrece la mayor confusión. Si, como el autor reconoce, la separación pensamiento-acción es artificial, es decir, la gente hace lo que piensa, parece obvio que nos debiera bastar conocer sólo el comportamiento (el punto 2). Sin embargo, la coherencia de clase se adquiere a través de la conciencia: saber «que hay otros como él, que son sus iguales, lo que le lleva a entrar en relación y a sentirse solidario de ellos», y esto conduce al autor a intentar descubrir lo que las diferentes clases piensan sobre cosas que le parecen particularmente importantes. Lo cual pertenece más al campo de la psicología que al de la sociología y constituirá uno de los puntos más débiles de su descripción.

El resultado de esta investigación es, como hemos dicho ya, la formulación y descripción de sus características, de cuatro clases sociales en España que constituye la segunda parte del libro. Especial atención le merece la aristocracia, que parece conocer muy bien y de cerca y que, a pesar

de considerarse clase residual, ocupa 70 páginas, quizás las más amenas, por otro lado. Mundo de ocio, refinado y culto, que hoy queda reservado a sólo unos pocos. Las etapas de su aburguesamiento han corrido paralelas a los peligros que suponía el avance del proletariado. Hoy ocupan altos cargos financieros y burocráticos.

La clase alta tiene un mínimo de ingresos de 500.000 pesetas mensuales. Representa el mundo de los negocios, donde la propiedad de la mayoría de las acciones de las empresas se identifica con el poder. El número de las familias que «tira de los hilos» está alrededor de las 400. Ideológicamente pasivos ante cambios políticos y religiosos se adaptan a las circunstancias de la forma que más favorezca a sus intereses.

La clase media, con un nivel de ingresos entre las 60.000 y 500.000 pesetas mensuales, constituye, en su opinión, la más numerosa del país. Triste panorama, nos la muestra prisionera de la serialidad, masificación, vulgaridad, bajo nivel cultural. Lo que no explica es si son características intrínsecas de dicha clase o si lo son por su reciente incorporación. ¿Son nuestras medias semejantes a las europeas? En cuanto a su ideología, de entre las muchas teorías existentes, es, para San Miguel, su posición mediadora entre burguesía y proletariado la que hará que tome elementos de ambos. Más bien, yo creo, que la heterogeneidad del colectivo que resulta de mezclar tan dispares ingresos y modos de vida, sea la culpable de la falta de conciencia de clase, o ambigüedad que la caracteriza. Las diferencias en la identificación subjetiva de clase (que fueron examinadas por Centers) pueden también ser las culpables, etc. De todas formas la divi-

sión que realiza entre clase media-alta y media-media es tan lógica o arbitraria como la que podríamos establecer nosotros mismos de media-baja. En cuanto a la clase baja parte de las dos divisiones clásicas: obrero industrial, avanzadilla revolucionaria, y obrero agrícola, reserva del conservadurismo, lo que habría que ser constatado empíricamente en nuestro momento actual, dados los últimos cambios operados. Si para Mallet no constituyen ya un comportamiento sociológico particular, San Miguel afirma que las diferencias subsisten y otras nuevas han surgido. Existe un conformismo generalizado que trata de ser justificado por diferentes ideologías. ¿Es España una república de trabajadores, como asegura Tamames? A pesar de que los datos existentes no permiten asegurar nada, parece que el autor se inclina por considerar que es la clase media la actualmente más numerosa. Otra cuestión que queda en el aire y que parece preocupar al autor es si, llegado a unos niveles de bienestar, la vivencia de desigualdad ya no es fuente de conflicto o si sigue siéndolo en función de la desigualdad relativa.

¿Qué hemos sacado en conclusión de la descripción de las clases sociales, hecha por Luis G. San Miguel?

En este punto, creo, que lo más oportuno sería remitirnos a lo que José M. Maravall ya ha dicho: «El sentido analítico de la clase social se manifiesta en cuanto a categoría dinámica, no en cuanto a categoría descriptiva. Sólo es útil para explicar el cambio y el conflicto, no para identificar los elementos de una estructura jerárquica en un presente abstracto» (p. 171, *La Sociología de lo posible*).

ROSA JORGE HERRERO

INFORMES Y ENCUESTAS DEL C.I.S